

RECOGIMIENTO

1. Buscar a Dios dentro de nosotros.
2. Guarda de los sentidos.
3. Recogimiento y presencia de Dios.
4. El «silencio» de María.

1. Buscar a Dios dentro de nosotros

Recógete. -Busca a Dios en tí y escúchale. (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER. Camino, n. 319).

Pues hagamos cuenta que dentro de nosotros está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas -en fin, como para tal Señor-, y que sois vos parte de que aqueste edificio sea tal, como a la verdad lo es (que es ansí, que no hay edificio y de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecen las piedras), y que en este palacio está este gran Rey y que ha tenido por bien ser vuestro Padre y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón. (SANTA TERESA, Camino de perfección, 28, 9).

El alma que le quiere encontrar ha de salir de todas las cosas con la afición y la voluntad, y entrar dentro de sí misma con sumo recogimiento. Las cosas han de ser para ella como si no existiesen. San Agustín habla con Dios en los Soliloquios y le dice: «No te hallaba, Señor, por fuera, porque mal te buscaba fuera, pues estabas dentro». Dios, pues, está escondido en el alma y ahí le ha de buscar con amor el buen contemplativo, diciendo: ¿A dónde te escondiste? (S. JUAN DE LA CRUZ. Cántico espiritual, 1, 6).

Poned los ojos en vos y miraos interiormente, como queda dicho: hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará; mientras menos consolación exterior tuviéredes, mucho más regalo os hará. (SANTA TERESA. Camino de perfección, 29,2).

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que si no estuviesen en ti no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu

perfume y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti. (S. AGUSTIN, Confesiones, 10).

Gózate con él en tu recogimiento interior. Alégrate con El, ya que le tienes tan cerca.

Deséale ahí; adórale ahí; no vayas a buscarle fuera de ti porque te distraerás y cansarás y no le hallarás; no le podrás gozar con más certeza, ni con más rapidez ni más cerca que dentro de ti. (S. JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 1, 8).

Que, a mi parecer, si como ahora entiendo que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con El, y más procurara que no estuviera tan sucia. (SANTA TERESA, Camino de perfección, 28, 11).

Sí somos templos de Dios y el Espíritu de Dios habita en nosotros, es mucho más lo que cada fiel lleva en su interior que todas las maravillas que contemplamos en el cielo. (S. LEÓN MAGNO, Sermón 7, sobre la Natividad).

¡Oh alma hermosísima, más que todas las criaturas! Ya sabes el lugar que deseas. ¡Ya sabes dónde se encuentra tu Amado para buscarte y unirse con El! Tú misma eres su morada. Tú misma el escondite donde está escondido.

¡Alegría grande debe darte saber que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti, que está en ti misma! No puedes tú estar sin El: Mirad, ¡dentro de vosotros está el reino de Dios! (Lc 17, 21); porque nosotros somos templo de Dios vivo (2 Cor 6, 16). (S. JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 1, 7).

¿Qué más quieres, alma, y qué más buscas fuera de ti, si dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción? ¿Qué más puedes desear si en ti está la fuente que te sacia? (S. JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 1, 8).

2. Guarda de los sentidos

Así, aunque viva en la soledad o retirado en una celda, la vanidad le hace deambular con la mente por casas y monasterios, y le muestra en su fantasía una multitud de almas que se convierten al imperio y eficacia de su palabra. El desgraciado, juguete de tales quimeras, parece sumergido en un profundo sueño. De ordinario, vive seducido por la dulzura de estos pensamientos. Absorto en tales imágenes, ni advierte lo que hace ni se da cuenta de lo que sucede en torno. Ni siquiera repara en la presencia de sus hermanos. El infeliz va meciéndose, cual si fueran verdad, en las fantasías que soñó despierto. (CASIANO, Instituciones, 11).

Esta (la curiosidad), en tanto que procura saber las vidas ajenas, desconociendo siempre sus interioridades, gusta ocuparse de lo exterior. Grave y pernicioso es el vicio de la curiosidad, que mientras inclina la mente de cualquiera para que averigüe la vida del prójimo, a él le oculta siempre su interior, a fin de que, conociendo lo ajeno, se desconozca a sí mismo, y sea tanto más ignorante en todo aquello que le concierne, cuanto más instruido esté en lo ajeno. (S. GREGORIO MAGNO, Hom. 36 sobre los Evang.).

Y como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, que es retirarse los sentidos de estas cosas exteriores y darles de tal manera de mano, que -sin entenderse- se le cierran los ojos por no verlas, porque más se despierte la vista a los del alma. (SANTA TERESA, Camino de perfección, 27, 6).

Disipación. -Dejas que se abrevien tus sentidos y potencias en cualquier charca. -Así andas tú luego: sin fijeza, esparcida la atención, dormida la voluntad y despierta la concupiscencia. -Vuelve con seriedad a sujetarte a un plan, que te haga llevar vida de cristiano, o nunca harás nada de provecho. (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 375).

En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. (SANTA TERESA, Vida, 7, 6).

Todo cuanto hay fuera de nosotros fluctúa con las tempestades y tentaciones de este siglo. Mas tenemos un yermo interior donde recogernos y vivir de nuestra fe. (S. AGUSTIN, Sermón 47).

Bien está que cierres la puerta de tu habitación; pero otra cosa quiere Dios antes que eso: que cierres las puertas de tu alma. (S. JUAN CRISÓSTOMO. Hom. Sobre S. Mateo 31).

Como no hay embarazo de lo exterior, estáse sola el alma con su Dios. (SANTA TERESA, Camino de perfección, 28, 8).

El que sabe andar dentro de sí y tener en poco las cosas de fuera, no busca lugares ni espera tiempos para darse a ejercicios devotos. El hombre interior presto se recoge, porque nunca se derrama del todo a las cosas exteriores. (Imitación de Cristo, II, 1,10).

Si los cinco sentidos del cuerpo buscan el alimento de las miserias mundanas, no pueden volar para conseguir los frutos de acciones más sublimes. (S. AMBROSIO, en Catena Aurea, vol. VI, p. 66).

Recogimiento y presencia de Dios

He dado muchas vueltas por las calles y plazas de la ciudad de este mundo para buscaros, y no os he podido hallar, porque mal buscaba fuera lo que estaba dentro de mi alma. (S. AGUSTÍN, Soliloquios, 31).

Si ya arde en ti el fuego del amor divino, por pequeño que éste sea, no lo saques fuera enseguida, no lo expongas al viento, mantén el fogón protegido para que no se enfríe y pierda el calor; esto es, aparta cuanto puedas las distracciones, conserva el recogimiento, evita las conversaciones inútiles. (S. CARLOS BORROMEO, Sermón sobre el sínodo).

Dios está en todas partes, es inmenso y está cerca de todos, según atestigua de sí mismo: *Yo soy-dice- un Dios cercano, no lejano*. El Dios que buscamos no está lejos de nosotros, ya que está dentro de nosotros, si somos dignos de esta presencia. (S. COLUMBANO, Instrucción sobre la fe, 1).

Es exigencia de nuestra mente una cierta quietud. Dios se deja ver en la soledad interior. (S. AGUSTIN, Trat. Evang. S. Juan, 17).

Es insultar a Jesucristo acudir a nuestros templos, ante nuestros altares, con el espíritu distraído y ocupado en los negocios mundanos; es insultar a la majestad de Dios comparecer en su presencia con menos modestia que en las casas de los grandes de la tierra. (SANTO CURA DE ARS, Sermón sobre el pecado).

Procura lograr diariamente unos minutos de esa bendita soledad que tanta falta hace para tener en marcha la vida interior. (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 304).

Pues mirad que dice San Agustín que le buscaba en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí mismo (1). ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad y ver que no ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo, ni para regalarse con El, ni ha menester hablar a voces? Por paso (2) que hable, está tan cerca que nos oirá. Ni ha menester alas para ir a buscarle (3), sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tan buen huésped; sino con gran humildad hablarle como a padre, pedirle como a padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija. (SANTA TERESA, Camino de perfección, 28, 2)

Renazca en nosotros esta estima por el silencio, esa admirable e indispensable condición de nuestro espíritu, asaltado por tantos clamores [...]. Oh silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la

interioridad, la disponibilidad para escuchar las buenas inspiraciones y las palabras de los verdaderos maestros. Enséñanos la necesidad y el valor de la preparación del estudio, de la meditación, de la vida personal e interior, de la plegaria secreta que sólo Dios ve. (PABLO VI, Alocución en Nazaret, 5-I-1964).

El «silencio» de María

El silencio de la Virgen no es un silencio de tartamudez e impotencia, sino de luz y arrobo; un silencio más elocuente, en las alabanzas de Jesús, que la misma elocuencia... Resulta sorprendente que en este estado de silencio y de infancia de Jesús todo el mundo habla excepto María [...] Comentan los ángeles entre sí y con los pastores, pero María permanece en silencio. Llegan los reyes, hablan y dan que hablar a toda la ciudad, al estado y al sagrado sínodo de Judá, pero María permanece retirada y en silencio. Todo el estado está revuelto y todos se maravillan y hablan del nuevo rey buscado por reyes, pero María permanece en su reposo y sagrado silencio. Simeón habla en el templo, y Ana la Profetisa, y todos los que esperan la salvación de Israel; y María ofrece, da, recibe y lleva a su hijo en silencio. Tanta fuerza e impresión secreta ejerce el silencio de Jesús en el espíritu y corazón de la Virgen que la tiene poderosamente y divinamente ocupada y arrebatada en silencio. (PEDRO DE BERULLE, Opuscles de piété, 39, 1.c., PP. 988-989).